

RIMBAUD, DAUMAL Y LA TRANSFORMACION PSICOLOGICA

I

LA REBELION FUNDAMENTAL

¡Si siempre hubiese estado *despierto*, yo bogaría en plena sabiduría!

Rimbaud

“La mayor parte de nuestro cuerpo, de nuestra humanidad misma, duerme aún un sueño profundo”. “Cuando soñamos que soñamos es que ya nos vamos acercando al despertar”. Estos *fragmentos* de Novalis iluminan el anhelo rimbaudiano de *despertar* de los sentidos, de lograr la hiperlucidez en un *minuto de vigilia*, para poder dar cima a la prometeica aventura del “ladrón de fuego”.

La “nostalgia” del romanticismo reaparece en este adolescente iracundo que habrá de rebelarse contra todo y contra todos. Su itinerario alucinante se halla jalonado de rebeliones sucesivas. Rimbaud encarna la intolerancia metafísica: es el indignado, el intransigente feroz, el ser que nos desprecia por demasiado humanos, por nuestras aceptaciones y condicionamientos. Su juventud es un desafío, un atreverse a lo imposible, una búsqueda, con técnicas precarias e imperfectas, de lo absoluto, de la “verdadera vida”. También es impotencia, frustración y fracaso. Después del silencio; término de la opción que le permitió sobrevivir, se arrojó en una vorágine incoherente que lo fue devorando, mientras huía vencido por la “rugosa

realidad" cotidiana. Sin embargo, su derrota previsible —en cuanto poeta—, contiene la innegable grandeza de aquel que, arriesgándolo todo, emprende una partida que excede en mucho sus posibilidades. Rimbaud libró con irreprimible violencia ese "combate espiritual tan brutal como la batalla de los hombres". Fue una lucha desigual, de ritmo vertiginoso, sostenida con armas impropias; una lucha que, aunque dejó un saldo poético invaluable, no debe sostenerse en el terreno de la poesía. Ese fue el error de Rimbaud; error en el que reincidió más tarde el surrealismo, a pesar de la experiencia negativa de sus frustrados precursores.

La aventura "Rimbaud" es ejemplar y define de una vez para siempre los límites de la poesía. Su primera rebelión —entre los 16 y 18 años— es la de la *existencia rabiosa, la cólera en la sangre*. Es el *voyou*, como lo ve Fondane (1). Su alzamiento abarca aspectos exteriores, es una insurrección contra la sociedad condicionada, contra los privilegios y la desigualdad. Su odio se torna agresivo, implora las "destrucciones necesarias" y los "rodillos niveladores"; se burla de las idiotas alegrías burguesas, practica el mal, insulta y clama con acentos obscenos y se encanalla en la abyección. Lo anima un oscuro deseo de venganza. "Considera a cada ser como alguien de quien, en primer término es preciso vengarse" (2). Escribe "Mort á Dieu!" sobre los bancos de las plazas públicas y en su letanía de negaciones cabe la autoridad, la Iglesia y el orden.

Como Nerval y Baudelaire, manifiesta en forma emocional y confusa la idea socialista de una comunidad fraternal. Aislado por la mediocridad burguesa se refugia en una posición antisocial y construye su universo privado en las antipodas de la vulgaridad. Su primera rebeldía que simboliza un esfuerzo individualista e inorgánico por reformar el mundo, le dicta estas frases terribles, recogidas por Ernest Delahaye:

(1) BENJAMÍN FONDANE, *Rimbaud le Voyou*, París, 1933.

(2) JACQUES RIVIERE, *Rimbaud*, Buenos Aires, 1944, pág. 21.

Hay destrucciones necesarias... Hay árboles viejos que es preciso cortar, hay lugares de sombra secular cuya amable costumbre perdemos. Esta sociedad misma: pasaremos por ella las hachas, los azadones, los rodillos niveladores. Todo valle será colmado, toda colina rebajada, los caminos tortuosos se volverán rectos y las asperezas serán aplanadas. Se arrasarán las fortunas y se abatirán los orgullos individuales. Un hombre ya no podrá decir: "Yo soy más fuerte, más rico". Se reemplazará la envidia amarga y la admiración estúpida por la apacible concordia, el trabajo de todos para todos (3).

Esta rebelión mostrará bien pronto el aspecto más trágico de su drama interior. Con inigualable talento Rimbaud ha poetizado sus vivencias, ha transfigurado en estrofas llameantes su incontenible furor vindicativo y subversivo; pero como a todo auténtico poeta, lo irá invadiendo una difusa "nostalgia" primitiva, una mística impulsión por retornar a un estado de pureza salvaje, libre de inhibiciones. Esa intuición fundamental, coincide con su orgullo de creador y con el drama de esa infancia perdida tras la crisis de la adolescencia. En adelante Rimbaud sumará a su rebeldía una postulación metafísica. Su pureza traicionada se funde con su orgullo, con su tendencia al aislamiento, con su deseo de plenitud, con su anhelo de ser *diferente*, de hallar las sendas del retorno a los orígenes. Reencontrar la eternidad, he ahí, una meta ambiciosa para un poeta provinciano de dieciocho años. Sin embargo, Rimbaud tiene plena conciencia de su empresa.

Para retornar a la "fabulosa inocencia", al *illud tempus mítico*, Rimbaud cuenta con un arma falible: la experiencia poética. En las sociedades arcaicas, hubiese sido un manipulador de lo sagrado, un *shaman* especialista en las técnicas del éxtasis, entregado a su ambición de "ascender al cielo" para abolir la condición humana y reintegrar la situación paradisiaca del hombre primordial, restableciendo la comunicabilidad que existía entre el Cielo y la Tierra. Su experiencia tam-

(3). Véase ARTHUR RIMBAUD, *Ouvres Complètes*, texte établi et annoté par Rolland De Renéville et Jules Mouquet, París, 1946, pág. XXII.

bién puede homologarse con las místicas indias y las técnicas budistas del “retorno hacia atrás” que al remontar el Tiempo “a contrapelo” acceden al eterno presente atemporal, anterior a la “caída”.

Todos son actos de trascendencia, de ruptura de nivel, mediante los cuales, el hombre supera la condición humana “por arriba”, se reintegra a la libertad y se libera de los límites del “yo” merced a un esfuerzo “espiritual” que determina una mutación ontológica del ser. El hombre “enfermo”, desterrado en el Tiempo, desciende a los infiernos, “muere” y “resucita”. Durante el éxtasis es abolido el universo sensorial y el místico emerge similar a los dioses. Se halla “curado” del dolor y de la angustia existencial. En ese sentido los yoguis son terapeutas del alma y Buda es “el rey de los médicos”. También el poeta, como quería Novalis, es un “médico trascendental”.

Pero Rimbaud, que busca morir a la conciencia psicológica para nacer a la conciencia cósmica, no sigue el camino de la iniciación gradual y reflexiva. Su terapéutica es anárquica y amarga. Marcha sobre “el filo de la navaja”, en sentido descendente. Su meta es la de los místicos y los yoguis, la de los iniciados en las *tradiciones secretas* y la de los discípulos del Zen. No tiene maestros y la poesía sólo le ofrece vislumbres fugaces del “estado otro”. Sin embargo, su decisión se afirma. Como Gurjieff, podría haber exclamado: “Mi camino es el del desarrollo de las posibilidades ocultas del hombre. Es un camino contra la naturaleza y contra Dios”. La experiencia poética, unida a su disposición natural para acceder a otros niveles de la mente, le crean la ilusión de que forzando la poesía (Nerval había pretendido forzar el sueño), y encarnizándose en los excesos y en el desarreglo de todos los sentidos, lograría ampliar el orificio penosamente abierto en el muro de la conciencia ordinaria. Pero Rimbaud es impaciente y brutal. Si por momentos una presencia turbadora, asoma en sus poemas y el aventurero de lo fantástico interior,

convertido en un “opera fabulosa”, penetra en lo desconocido, bien pronto retorna para permanecer apagado a la tierra, preso de sus pasiones y su orgullo.

Su actitud es la del “pecador”, tal como lo concibe Arthur Machen, el olvidado autor de *The Great God Pan*. Para Machen, adepto a la Orden hermética de la *Golden Dawn*, el pecado es una pasión positivista y solitaria del espíritu. A su juicio, entre los actos considerados pecaminosos o culpables (el asesinato, el robo, el adulterio) y el Pecado con mayúscula, existe la misma relación que entre el alfabeto y la poesía más genial. El hombre vulgar, “normal”, no será jamás un santo, pero tampoco un pecador. “Los grandes, tanto en el bien como en el mal —escribe Machen (4)— son los que abandonan las copias imperfectas y se dirigen a los originales perfectos... La esencia del pecado sería querer tomar el cielo por asalto, penetrar de manera prohibida en otra esfera más alta. Esto explica que sea tan raro. En realidad, pocos hombres desean penetrar en otras esferas, sean altas o bajas, y de manera autorizada o prohibida. Hay pocos santos y los pecadores son todavía más raros”.

Rimbaud aparece entonces revestido con los atributos del pecador de Machen. Su ambición manifiesta es “tomar el cielo por asalto” utilizando las sendas prohibidas. Los que han visto en Rimbaud sólo un poeta, un decadente, un vicioso o un artista bohemio, se han equivocado totalmente. Sus aberraciones y sus posturas arbitrarias obedecen a un sistema meditado y puesto en práctica con increíble decisión. Es el hombre duro, implacable, “el sin corazón de Rimbaud”, “La ausencia de sentimientos —escribe Jung refiriéndose al “Ulises” de Joyce (5)—, es el contragolpe a la sentimentalidad insana”. “El hombre debe ser valiente, sin piedad, duro. Lo

(4) Citado por LOUIS PAUWELS y JACQUES BERGIER, *El retorno de los Brujos* (Le matin des magiciens), Barcelona, 1961, pág. 253 y ss.

(5) C. G. JUNG, *Ulises*, en *Realidad del Alma*, Buenos Aires, 1940, pág. 118.

más duro es lo más noble”, exclama Nietzsche. “La causa de mi superioridad es que no tengo corazón”, escribe Rimbaud.

Rimbaud odia al “hombre de la superficie”, a los superfluos y vacíos, a los idiotas autosuficientes que pretenden saberlo todo y que no son más que vanidosos *projectos*. Experimenta náuseas por los imprescindibles, por los satisfechos; embiste contra la seguridad y la respetabilidad y desprecia a los funcionarios y a los escritores que “juntan una parte del fruto del cerebro” y acumulan “los productos de sus inteligencias miserables proclamándose autores”.

Sus irreductibles enemigos son el conformismo, los lugares comunes, el oficialismo y los mitos pequeños burgueses. Su actitud permanente consiste en escapar a los condicionamientos y a la subordinación que significa hallarse atrapado en la máquina social. Ese comportamiento que forma parte de su ascesis, le permitirá dar el “salto por las cosas inauditas e innumerables”. Como afirma Krishnamurti sólo la mente que está en absoluto descontento es la que puede dar el salto hacia la realidad, no la mente respetable, rodeada de una valla de creencias.

Comienza entonces por desvalorizar el universo ordinario que captan los sentidos en un trabajo previo por aproximarse a ese nivel absoluto de la mente donde no rigen los opuestos. Un nivel supraético, atemporal e impensable en el que la personalidad ordinaria, el “yo” de la experiencia sensorimotriz desaparece para dar paso al “hombre nuevo”, capaz de conocer la realidad y prescindir de las nociones relativas.

León Pierre Quint, en un libro sobre Proust ⁽⁶⁾, escribe lo siguiente refiriéndose al ser profundo del artista: “La conciencia humana está recubierta, según la imagen bergsoniana, sin duda cara a Proust, de una espesa costra en la que se han solidificado nuestros hábitos, los sentimientos a los que estamos acostumbrados. Es ahí, en esa corteza de la concien-

(6) LEÓN PIERRE-QUINT, *Marcel Proust*, Buenos Aires 1944, pág. 247 y ss.

cia, en donde encontramos por nuestro trabajo y nuestras conversaciones de cada día, mecanismos ya montados, sentimientos ya hechos. Pero bajo esa capa superficial está en nosotros la parte más rica, esencial de nuestro yo, que no interviene casi nunca en la actividad cotidiana... Nosotros gritamos, reímos, aún derramamos lágrimas reales, pero sin que nuestra personalidad profunda entre en escena”.

Rimbaud ha practicado desde el comienzo esa ascesis del “estado de alerta”, que habrá de permeabilizar a su psique y tornarla receptiva para recibir lo desconocido. En la primera etapa de su lucha por romper el espeso velo que enmascara a la realidad, el poeta combate contra los hábitos, y las reacciones automáticas que la herencia, la educación y la sociedad han depositado sobre la superficie de su “yo”. Advierte entonces la experiencia del vidente. Rimbaud cree poseer la clave y se dispone “a develar todos los misterios: misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, porvenir, pasado, cosmogonía, la nada”. En sus famosas cartas a Georges Izambard y a Paul Demeny, del 13 y 15 de mayo de 1871 (?), nos ha dado una lección de *literatura nueva* y ha condescendido a revelarnos parte de su sistema.

Ahora soy crapuloso lo más posible. ¿Por qué? Quiero ser poeta, y trabajo para volverme vidente: usted no comprenderá del todo y yo no sabría casi explicarle. Se trata de llegar a lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos. Los sufrimientos son enormes, pero es preciso ser fuerte, haber nacido poeta, y yo me he reconocido poeta. No es esto toda mi falta. Es falso decir: Yo pienso. Se debería decir: Se me piensa. Perdón por el juego de palabras.

Aquí Rimbaud se adelanta a la prosa sobre el porvenir de la poesía que enviará dos días después a Demeny. El poeta *sabe* que el hombre en su nivel mental ordinario es un au-

(?) Cfr. JEAN MARIE CARRE, *Cartas de la vida literaria de J. A. Rimbaud*, Buenos Aires 1945, pág. 43-54.

tómata que ignora sus límites y sus posibilidades. Es una máquina movida *por influencias exteriores y por choques exteriores*. El hombre no se conoce. El hombre nada puede hacer, escribe Ouspensky a la zaga de Gurdjieff. "Todo lo que cree hacer, en realidad *sucede*. Eso ocurre exactamente como "llueve", "nieva" o "trueno". Desgraciadamente no hay en nuestro idioma verbos impersonales que puedan aplicarse a los actos humanos. Debemos pues continuar diciendo que el hombre piensa, ama, lee, escribe, detesta, emprende guerras, combate, etc. En realidad todo eso *sucede*" (8).

No debe confundirse entonces la conciencia con las funciones psicológicas. El hombre tiene que comenzar por darse cuenta de lo que posee y de lo que puede poseer. Debe adquirir realmente los poderes que se atribuye. Para ello es preciso que desarrolle una nueva capacidad, que se torne *diferente*, que *despierte* del sueño, mediante una profunda revolución psicológica. Rimbaud lo ha comprendido: "El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento entero". Es lógico entonces que comience por negar su personalidad. "Yo es otro", exclama. "Si el cobre se despierta clarín no es por su culpa. Me es evidente esto: asisto a la eclosión de mi pensamiento: lo miro, lo escucho: doy un golpe en el arco del violín: la sinfonía se mueve en las profundidades o sube de un salto a la escena".

Hasta aquí Rimbaud ha sido el poeta, el médium que hace escuchar *lo que trae de allá abajo*, la "Pitia exaltada", como dice Rops (9). Nos habla inconsciente desde su "estado otro". Sin embargo, en la misma carta, el poeta agrega al *ser vidente el hacerse vidente*. No existe en ello contradicción alguna, a pesar de la opinión de algunos de sus críticos. Lo espontáneo, es decir su capacidad natural para despersonalizarse en un éxtasis pasivo, deberá encauzarse de tal modo que

(8) PEDRO D. OUSPENSKY, *Psicología de la posible evolución del hombre*, Buenos Aires, 1952, pág. 16.

(9) Cfr. DANIEL ROPS, *Rimbaud*, Buenos Aires, 1954, pág. 100.

le permita controlar su experiencia. Rimbaud tiene su propia técnica de acceso:

El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; él busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos para no guardar de ellos sino las quintaesencias. Inefable tortura para la que se tiene necesidad de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, en la que él llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito —¡Y el supremo sabio!— ¡Puesto que llega a lo desconocido! ¡Puesto que cultivó su alma, ya más rica que nadie! Llega a lo desconocido, y cuando enloquecido, termina por perder la inteligencia de sus visiones, ¡él las ha visto!

Su ambición es semejante a la del Hombre-Dios soñado por Novalis. La mística se transformará en magia y el vidente tratará de adquirir poderes sobrenaturales e *inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevos idiomas*. Su soberbia alcanza entonces el nivel culminante. En su *Crimen Amorís*, Verlaine lo ha representado exclamando: “Yo seré aquel que será Dios”.

El demiurgo desplaza al poeta. La aventura espiritual ha superado en mucho las fronteras de la literatura y Rimbaud parte en busca del *Grul*, del conocimiento perfecto, del vaso sagrado, con el ardiente anhelo de gustar “el brevaaje de la inmortalidad”. En un sentido amplio, sus apetencias son las del gnosticismo que antepone el conocimiento a la fe y pretende retornar a la fuente primera desarrollando hasta la iluminación las facultades ocultas del hombre. Para ello, Rimbaud queda librado a sus propias fuerzas. Carece de guías e iniciadores, es un “herético” sin fe que abomina de los *phantomas occidentales* y añora el *pensamiento de la sabiduría de Oriente, la patria primitiva*. Su sistema de mística invertida está erizado de peligros y puede conducirlo al borde del abismo.

He abandonado desde hace más de un año la vida ordinaria por lo que usted sabe. Encerrado sin cesar en esta inca-

lificable comarca de Ardenes, no frecuentando un hombre, recogido en un trabajo infame, inepto, obstinado, misterioso; no respondiendo sino por el silencio a las preguntas, a los apóstrofes groseros y malvados, mostrándome digno en mi posición extralegal...

Rimbaud ha mantenido en secreto las características de ese *trabajo obstinado* que habría de permitirle *despertar en el alma universal*. Ha comprendido que su espíritu *duerme* y que debe trabajar sobre sí mismo para acceder a la *vigilia*. “Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos”, dice Pablo (Ef. 5: 14). El hombre que aspira a una regeneración ha de elevarse sobre su condición ordinaria. Mientras no logre evadirse de su propio deseo será un ser incompleto, inacabado, vivirá identificándose, preso de las pasiones y de los hábitos de la mente. El mundo será sólo una confusa imagen sensoria. Es preciso tener conciencia de que a pesar de que se vive volcado hacia afuera, en un mundo cuyas causas permanecen ocultas, existe en el hombre una categoría superior que puede permitirle un grado nuevo de comprensión. La esencia de lo esotérico es que el hombre puede pasar por una transformación y alcanzar un nuevo nivel de sí mismo. En *Une Saison en Enfer*, Rimbaud escribe estas líneas reveladoras: “Si estuviese siempre despierto, a partir de este momento, alcanzaríamos pronto la verdad que probablemente nos rodea con sus ángeles que lloran”. Sin embargo, el mantenerse despierto constituyó una empresa superior a sus fuerzas. Mediante este trabajo en sí mismo; (“él busca su alma, la inspecciona, la tienta, la comprende”), había logrado *despertar*. Su alma era rica, *más que nadie*, pero tenía que cultivarla; debía ser consciente de sí mismo en una permanente vigilia y dejar de moverse y razonar sumido en el sueño.

Gurdjieff, dueño de un método esencialmente práctico de la “conquista del yo”, ha expuesto estas ideas con especial claridad. Para él existen cuatro estados de conciencia. El hombre vive solamente en los dos primeros: *El sueño*, y la *vigilia*

ordinaria. Los estados superiores de *auto-conciencia y conciencia objetiva*, le son inaccesibles. El estado de sueño es pasivo y absolutamente subjetivo; pero cuando el hombre despierta y creído que ha tomado el gobierno de su personalidad comienza a actuar, permanece aún inmerso en el sueño y su actividad es obviamente peligrosa. Como dice Gurdjieff (10), el hombre de la vigilia ordinaria es una mera máquina y todo le sucede. No puede controlar su imaginación ni detener el fluir de su pensamiento; se halla entregado al despotismo de sus "yo" sucesivos y obedece "dormido" a la imperativa compulsión de sus sentimientos y emociones.

Es posible pensar durante mil años; es posible escribir bibliotecas completas, crear montones de teorías y hacerlo todo sumido en el más profundo de los sueños y sin posibilidad alguna de despertar. Antes bien, todos estos libros y todas estas teorías, escritas y concebidas en el sueño, sólo servirán para aumentar el sueño de otras personas (11).

Es natural entonces, que el primer anhelo del hombre que ha reconocido la realidad de ese estado de sueño, esté determinado por la necesidad de despertar. Gurdjieff señala que el comienzo del trabajo para lograr la autoconciencia debe iniciarse con la *recordación de sí mismo*, pero afirma que sin la dirección de un *hombre despierto que guíe* el desarrollo de las facultades de la mente, será difícil acceder al tercer estado de conciencia. Mediante la auto-observación permanente se adquiere la certeza de que "yo es otro". El "otro es el verdadero él, el verdadero "yo", aquel que aparece en la vida sólo durante instantes muy breves y que puede convertirse en algo firme y permanente después de un largo período de trabajo" (12). Al alcanzar la conciencia de sí, es posible obtener

(10) Véase G. GURDJIEFF, *Todo y todas las cosas, Relatos de Belcebú a su nieto*, Buenos Aires, 1957, Tercera Parte, pág. 284 y ss.

(11) Citado por PEDRO D. OUSPENSKY, *Fragments de una enseñanza desconocida, En busca de lo milagroso*, México, 1952, pág. 183.

(12) *Ibidem*, pág. 186.

vislumbres del último estado al que Gurdjieff denomina estado de *conciencia objetiva*. En este grado de conciencia fiscalizadora, el hombre transformado, “renacido”, aprehende la unidad; la psique progresa hacia el foco originario y alcanza un eje de polarización intemporal e impersonal. Quien alcanza ese nivel, ese estado natural de *Sahaja Samadhi*, como lo llaman los místicos indios, realiza el máximo de sus posibilidades.

Si aplicamos este esquema de ideas a la experiencia de Rimbaud, veremos que el poeta, ha pugnado infructuosamente hacia la obtención de una super-conciencia, de un “estado de alerta”. Para ello partió de su condición de poeta y avanzó dificultosamente merced a una predisposición psicofisiológica y a las técnicas del desarreglo de todos los sentidos. Comprendió que la hiper-lucidez podría sobrevenir como consecuencia de ciertas actitudes precisas, de ciertos sistemas ascéticos y que la realidad de esa *conciencia cósmica* se situaba más allá de postulaciones sagradas o profanas. Para decirlo con la terminología de Gurdjieff, Rimbaud frecuentó el tercer estado de conciencia (*auto-conciencia*), y tuvo en los más duros momentos de su ascesis vislumbres fugaces del estado de *conciencia objetiva*. Pero como afirma Gurdjieff, un hombre solo difícilmente podrá mantenerse *despierto*, aún cuando se torture y realice denodados esfuerzos. Además Rimbaud no poseía una justa noción de los niveles en los que se desarrolla la experiencia trascendente.

En la marcha hacia el Centro, se distinguen diversos grados y matices derivados de la intensidad y duración del proceso y de la capacidad orgánica para realizarlo. La unidad de la experiencia incondicionada, no puede ser controvertida, pero los diferentes niveles que presenta, derivan de la calidad de las progresiones intrapsíquicas. Existe una progresión que denominaremos “poética”, por estar referida a los procesos de la creación artística; otra progresión que llamaremos parapsíquica y que involucra las variaciones visionaria o mediúmnic y finalmente la progresión intrapsíquica multidireccional, es

decir, la iluminación de los procesos psíquicos conscientes e inconscientes, de la totalidad psíquica.

Rimbaud ha superado el nivel poético, ha luchado con los espectros y las larvas del nivel visionario y en algunos instantes ha alcanzado a *poseer la verdad en un alma y un cuerpo*.

¡Oh, pureza! ¡Pureza!
Este minuto de vigilia me ha mostrado la
visión de la pureza. ¡Por el espíritu
se va a Dios!
¡Desgarrador infortunio!

En medio de su pasión luciferina, Rimbaud, que parece hallarse tan lejos de la literatura, ambiciona mostrar esa “segunda realidad”; recrear por medio de la poesía ese continente desconocido de la mente. Se plantea entonces el problema del lenguaje. Consciente de que “las invenciones de lo desconocido reclaman formas nuevas”, Rimbaud “inventa el color de las vocales”, escribe noches, silencios, fija vértigos. No hay que olvidar que su capacidad para frecuentar otros niveles de conciencia donde se hallan abolidas las nociones del espacio y el tiempo contribuye a desdibujar y quitar sentido a las palabras forjadas en la duración y la extensión. Es lógico entonces que el poeta busque una lengua enteramente nueva, fundada en la experiencia misma de lo incondicionado⁽¹³⁾. Ese esfuerzo sobrehumano por fijar lo inexpresable le permite la obtención de nuevas formas poéticas. Su poesía se enriquece, pero no transmite sino muy parcialmente su deseo manifiesto. El poema en sí, no es un conjuro mágico suficiente para develar todos los misterios. Y esto es lo que Rimbaud comprende al fin. Además, el vidente que posee la intuición directa de lo sobrehumano, experimenta, en los límites del nivel parapsíquico, el sobrecoimiento y el espanto característico que

(13) Cfr. EDUARDO A. AZCUY, *Aproximaciones a la poética de Rimbaud*, estudio preliminar a ARTHUR RIMBAUD, *Poemas y los Desiertos del Amor*, versión castellana de Eduardo A. Azcuy, E. González Trillo y L. Ortiz Behety, Buenos Aires, 1958, pág. 29 y ss.

produce lo *numinoso*. Este neologismo propuesto por Rodolfo Otto, designa la emoción arracional que percibe el hombre ante lo sobrenatural o lo divino. Despojado de todo contenido ético, lo *numinoso* es la esencia misma del sentimiento religioso; la reacción subjetiva producida por algo objetivo. Rimbaud, colocado ante el *mysterium tremendum* —como lo llamaba Boehme— por obra de una ascesis invertida y anárquica, se pierde en ese vacío de espanto y de terror que produce lo *numinoso*.

Mi salud se vio amenazada. El terror llegaba. Caía dormido varios días y, una vez levantado, continuaba con los sueños más tristes. Estaba maduro para la muerte; y por un camino lleno de peligros, mi debilidad me conducía hacia los confines del mundo y de la Cimeria, patria de las sombras y de los torbellinos.

Adviene entonces el silencio, el misterioso silencio rimbaudiano. Silencio ante la imposibilidad de expresar los “encantamientos reunidos en su cerebro”. Silencio ante el temor de la locura, silencio impotente, silencio y orgullo, silencio y desprecio.

Llamé a los verdugos para morder, en mi agonía, la culata de sus fusiles.

¡No! ¡No! Ahora me rebelo contra la muerte.

En el último momento atacaré a derecha e izquierda.

La experiencia metafísica y la literatura se convierten en un lastre despreciable. Las arroja lejos y recommienza su marcha *querellándose con las apariencias del mundo*, hacia otro aspecto de lo desconocido. Java, Chipre, el Mar Rojo, Abisinia, lo ven pasar como una sombra vencida. “He creído adquirir poderes sobrenaturales. ¡Y ahora tengo que enterrar mi imaginación y mis recuerdos!... ¡Yo que me he dicho mago

o ángel, que me he dispensado de toda moral, vuelvo a la tierra con un deber que buscar y la realidad rugosa que abrazar! ¡Campesino!

Ahora Rimbaud deja de soñar, de planear, de crear. En adelante es sólo un hombre joven, de piel oscurecida por soles de fuego, que trafica con armas, comercia y explore regiones desconocidas por el hombre blanco. A veces parece moverse por intereses mezquinos. Sin embargo, aunque no posea más técnicas para reencontrar el Paraíso, su revolución inconclusa permanece en él. En sus ojos azules arde la llama del descontento. El es la revolución; él es el hombre peligroso para la sociedad inmersa en el sueño, y también es él, el que conoce la Sabiduría Infernal de aquel proverbio que Blake leyera en su Visión Memorable:

El rugido de los leones, el aullido de los lobos, la cólera del mar tempestuoso y la espada destructora, son porciones de eternidad demasiado grandes para el ojo del hombre.

II DEL SURREALISMO AL OCULTISMO

Aquel que comprende tiene alas.
Pañcaumsa Brahmana, IV, 1, 13.

René Daumal es el poeta de la aventura trascendente, de la búsqueda enriquecedora, de la aspiración decisiva y prometeica. Su revolución psicológica señala uno de los caminos más arduos y erizados de peligros que pueda transitar el hombre, en busca de la transformación de su ser interior. Su vida breve (1908-1944), se halla signada por una preocupación fundamental: superar el mundo de la percepción condicionada, para acceder al nivel de conciencia impensable, a la fuente intemporal del ser, a ese Centro absoluto situado más allá del flujo del devenir y de la impermanencia de las cosas, que se oculta bajo el mito del Paraíso Perdido.

Como Novalis, considera que la tarea suprema de la cultura, consiste en apoderarse del "yo" trascendental. Para ello,

deberá sustraerse a la experiencia sensorimotriz mediante un heroico trabajo de despojo, tornar a la psique permeable y receptiva y avanzar unificando la aparente pluralidad del cosmos en una introversión incesante. Entonces, más allá del cautiverio sensible y de la frontera del dualismo, podrá realizar la conciencia unitaria y “despertar” al gran *satori* que la degradación témporo-espacial no alcanza jamás a perturbar.

Su técnica de acceso consiste en elevar el potencial de las fuerzas contrarias. De la indagación sistemática a la desesperada reducción del pensamiento discursivo, Daumal, como el adepto zenista, ha volado las ligaduras que condicionaban a su psique rompiendo los marcos del *Yang* y del *Yin* en una dura ascesis de imprevisibles consecuencias.

Desde muy joven caminó tras las pistas de la *vacuidad resplandeciente*. La poesía, la mística y el ocultismo, lo fueron acercando a la certidumbre del “saber escondido” con el que había soñado. La suya, fue una revolución permanente que se extinguió sólo al contacto con su muerte prematura. Pero antes del fin, o del principio, ese “heroico conquistador de nuestras verdades fundamentales y misteriosas”, ese audaz escalador de la mágica montaña que une a la Tierra con el Cielo, atravesó todo un ciclo de revoluciones, desde la rebelión literaria hasta la revolución psicológica.

En la época de la primera postguerra, cuando los jóvenes se enfrentan al desconcierto y a la crisis, Daumal, sediento de renovaciones, siente la atracción irresistible del grupo iconoclasta, que de las cenizas de Dadá, acaba de forjar el movimiento surrealista. Por vez primera, desde el romanticismo germano, un movimiento literario acudía a la poesía y al ensueño para trascender la condición humana y, buceando en los oscuros pasadizos del alma, buscaba la puerta del conocimiento supremo. Sin embargo, su adhesión es sólo relativa. Acusado de misticismo excesivo, funda en 1928 la revista *Le Gran Jeu*, con Vaillant, Leconte y Reneville, y dedica sus mayores esfuerzos a profundizar los estudios orientales.

Cuando sobreviene la crisis surrealista, y la rebelión lite-

ría se traniere de la condición humana a la condición social, unos proclaman que la revolución debe primeramente liberar al hombre de las “trabas materiales exteriores”; otros, en cambio, otorgan capital prioridad a la liberación interior, tratando de conciliar el ideal de Marx y el de Rimbaud. Ante esta alternativa los jóvenes de *Le Gran Jeu* radicalizan el pensamiento rimbaudiano y apelando a peligrosas psicotécnicas se lanzan a la búsqueda del conocimiento absoluto. Se trata de cambiar la vida y a la zaga de los grandes místicos, piensan que la *transformación del mundo*, sobrevendrá como consecuencia de la revolución interior. La *weltanschauung* romántica de clara procedencia oriental que impregna a la doctrina surrealista, se agudiza en Daumal. Como antes en Novalis, surge la voluntad de transfigurar la vida, *hic et nunc*, y acceder a lo real colocando al hombre por encima de los sentidos. *Debemos ser más que hombres*, había escrito Novalis mientras pugnaba por obtener “superiores estados de conciencia”, anticipándose al super-hombre nietzscheano y a la mecánica de las mutaciones entrevista en las tesis horbigerianas.

Esta ambición desmesurada, tenía, no obstante, límites ciertos. Transmutar la poesía en un conjuro mágico para *cambiar la vida*, había llevado a Rimbaud de la desesperación al silencio y *transformar el mundo*, requería una fuerza política capaz de realizar un cambio profundo en las estructuras económico-sociales. Por eso, en el momento de la crisis, las salidas coherentes se ofrecieron al margen de la literatura. El surrealismo disolvió sus componentes dificultosamente unidos por una dialéctica exaltada. Los impacientes marcharon al marxismo, otros persistieron en conciliar lo espiritual y lo social en una correlación superada. Los menos, Daumal entre ellos, comprometieron su vida y esbozaron la partida mortal bajo la vigilancia de Gurdjieff, en una de las sociedades iniciáticas más extraordinarias de nuestro tiempo.

La consigna fáustica, que había sido también la del naturalismo teosófico italiano con Ficino y Pico y en general de

ciertos grupos del Renacimiento, cobra en el pensamiento de Daumal singular vigencia. "Por eso me entregué a la magia", es también su consigna. Discípulo tardío de Agripa, de Paracelso, de Van Helmont y de Fludd; Daumal solicita a la magia las claves del conocimiento y se entrega a la férrea disciplina de un misterioso credo metafísico. Pero el ocultismo ya no es Martínez de Pasqually, ni Swedenborg, ni Wronski; ahora, esas doctrinas nacidas de una intuición primordial del mundo, han sido elaboradas por excelentes racionalistas. El ocultismo filosófico descubre un universo yuxtapuesto al de la ciencia, en el que la causalidad es substituida por la analogía y donde sus leyes, prescindiendo del marco témporo-espacial se expresan en términos de correspondencias simbólicas o de *campos de sincronidad*, según la moderna terminología jungiana.

Pedro Ouspensky (1878-1947), moviéndose dentro de esa particular cosmovisión elabora mediante una "lógica afectiva" las proposiciones coherentes de lo maravilloso⁽¹⁴⁾. Apoyándose en las geometrías no euclidianas de Gauss, Rieman y Lobachewski, en las experiencias místicas y en las intuiciones de otros exploradores del hiperespacio como Hinton y Bucke, considera que para acceder al nivel de *conciencia objetiva*, lo esencial consiste en alterar el sentido ordinario del tiempo; ese tiempo que pasa inexorable, el *Fugit Irreparabile Tempus* virgiliano. El filósofo ruso enfrenta el problema otorgando al tiempo, el carácter de dimensión superior del espacio. El tiempo sería entonces otra dirección igualmente real a las tres que captan nuestros sentidos, condenados a percibir en el "ahora". El mundo, las cosas y nosotros mismos, tendríamos una extensión en esa dimensión invisible y al experimentarla mediante el éxtasis profundo, sobrevendría una transformación radical en la conciencia. El salto de lo finito a lo infinito, de la par-

(14) Véase PEDR. D. OUSPENSKY, *Tertium Organum*, México, 1950, especialmente las págs. 245-259, y *Un nuevo modelo del Universo*, México, 1950, caps. II y XXI.

te al Todo, se produciría cuando el hombre que vive tocando esa dimensión en un punto (el ahora) y al que el pasado y el futuro le resultan inasibles, acierta a “ver” en esa cuarta dimensión. Podría entonces contemplar el *Tiempo en sí*, ver en otros lugares del tiempo, vivenciar ese estado donde se dan todas las posibilidades de aprehensión, donde *existen* todos los puntos del mundo.

Estos conceptos que recuerdan el *regressus ad originem*, provocado por magos y shamanes, se hallan condicionados para cualquier verificación objetiva, por la obtención de un nivel diferente de conciencia. Ouspensky propone al hombre la aventura *no euclídeana* de bosquejar una nueva gnoseología, frecuentando mentalmente el espacio multidimensional con el arma de una “lógica distinta”, el *Tertium Organum*. Para ello sería preciso desechar las leyes de identidad y contradicción, superar la dualidad del pensamiento ordinario, lograr la ampliación de la conciencia y remontar a tuestas a partir del vacío y la oscuridad del éxtasis, la vía superhumana que conduce al mundo UNO de las causas. Daumal, presta su adhesión racional y afectiva a estos *fragmentos de una enseñanza desconocida*, pero no se contenta con ello. Anhela una praxis, una psicotécnica segura que eliminando los opuestos y reduciendo las apariencias múltiples, eleve su conciencia al nivel de *coincidentia oppositorum*, en el eje mismo del Ser.

Mientras Leconte arde en una ascesis anárquica y se obstina en alcanzar lo absoluto destruyéndose, haciéndose vidente *por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos*. Mientras agota *todas las formas de amor, de sufrimiento y de locura*, como quería Rimbaud, y no desdén frecuentar los “paraísos artificiales”, para llegar a ser *el gran enfermo, el gran maldito, y el supremo sabio*; Daumal elige en oposición a la vía “húmeda” de Lecomte, la vía “seca” del conocimiento progresivo que conduce a la aniquilación de todos los pensamientos, emociones y deseos, es decir, de todo lo que conforma una personalidad que es necesario destruir por inauténtica y superflua. Daumal encuentra entonces a Georges

Ivanovitch Gurdjieff, el enigmático mago caucasiano, que en su "Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre", ofrece una psicotécnica esotérica que comienza con el análisis del "yo" y el dominio de las funciones neurovegetativas. Su enseñanza alterna los temas básicos de la *Tradición Secreta* con antiguas doctrinas del Asia Central y su aplicación dentro del marco de una disciplina agobiadora, tiende a la implacable disolución del "yo", mediante ejercicios mentales y danzas presumiblemente derviches, que propician una singular atomización psicológica. Daumal se entrega a la dura ascesis con un entusiasmo que, según Reneville, adoptó en el comienzo, casi una forma de intolerancia. Formula duros juicios sobre la ascesis de Leconte y profetiza su derrota. Pero, como expresa Pierre Minet, el entrañable amigo de ambos desde los tiempos de *Le Gran Jeu*, Daumal no es sólo uno de los hombres superiores que vivieron últimamente, sino el tráfuga de una aventura mucho más enriquecedora, mucho más humana que aquella de la que el *Mont Analogue* es el relato inacabado⁽²⁵⁾.

La enseñanza Gurdjieff ha sido enaltecida y execrada. Minet que se internó por un momento en sus trampas mortales acompañando a Pauwels y a Daumal, considera que se trataba de una búsqueda adecuada para devolver a la vida su profunda utilidad y otorgar una lucidez extremada, pero que desdeñaba su belleza y su calor, comenzando por negar que el hombre librado a sí mismo, fuese algo más que una máquina incoherente presa de las sollicitaciones externas. Era "una sombra glacial volcada sobre la esperanza y el deseo, una tumba para todos aquellos que consideran que la vida es sinónimo de amor".

Daumal haciendo gala de una "prodigiosa indiferencia" sigue obsesionado en alcanzar el nivel impersonal de la psique. El literato que aún pervive junto al metafísico experimental va narrando en su *Mont Analogue* (NRF, París, 1952

(25) Cfr. LOUIS PAUWELS, *Gurdjieff, el hombre más extraño de este Siglo (Monsieur Gurdjieff)*, Buenos Aires, 1955, pág. 488 y ss.

(16) —completamente inspirado en la enseñanza de Gurdjieff—, según afirma Pauwels, las alternativas de su aventura interior, encubriéndola con metáforas y símbolos. El Monte Análogo, *es una vía que une la Tierra con el Cielo*. Es la mítica imagen de una *axis mundi* (montaña, árbol, liana) que *in illo tempore* se hallaba muy cerca del cielo, hasta que una ruptura cósmica (la caída) los separó violentamente dando fin a la etapa paradisiaca y arrastrando al hombre a su actual condición humana. Daumal se esfuerza por reintegrarse a esa situación primordial. Como los shamanes, debe regresar hacia atrás, a la “plenitud inicial”, retrocediendo en el tiempo hasta la perfección de los comienzos. Su experiencia mística equivale a una *muerte ritual* y puede homologarse a la ascensión al cielo que practican los shamanes en el árbol ceremonial y a los siete pasos de Buda que lo llevan a la cima del mundo cósmico. El Monte Análogo, es el monte sagrado de las mitologías y su característica esencial consiste en su *inaccessibilidad por los medios humanos ordinarios*. Es el Monte Meru de los hindúes; el Sumeru, de los pueblos uralaltaicos; el Zinnalo, de los budistas laosianos; la roca Batu-Ribn, de los semangs de Malaca.

El Monte existe en algún lugar del planeta y su pie debe estar siempre al alcance de los seres humanos tal como la naturaleza los ha hecho, pues “la puerta hacia lo invisible debe ser visible”. En el relato, el poeta decide escalarlo y con un grupo de *iniciados*, parte a las antípodas bajo el mando del extraño Padre Sogol, especie de Gurdjieff-Ouspensky, que ha comprobado racionalmente la existencia del monte y al que Daumal señala como “nuestro mayor en las cosas de la montaña”. Finalmente los aventureros fuerzan la entrada de ese mundo oculto, al que la curvatura de su espacio protege de la curiosidad y la codicia, *como una gota de mercurio es impenetrable para el dedo que intenta tocar su centro*. La ascensión

(16) RENÉ DAUMAL, *El Monte Análogo*, trad. de Alicia Renard, Edit. Mondounevo, Buenos Aires, 1961.

es difícil, pero Daumal luego de alcanzar un refugio, retorna al anterior para “enseñar nuestros primeros conocimientos a otros buscadores”. A cada avance le sigue un retroceso, pues es ineludible preparar a los que habrán de ocupar el lugar que se abandona. De pronto, la muerte planea sobre el buscador y una frase del V capítulo queda definitivamente trunca. Las últimas palabras se tornan simbólicas. El gran silencio lo penetra mientras avanza decidido sobre “las tierras movedizas”, y acaso sea entonces cuando René Daumal completa su aventura y se instala por fin en *la cámara real*, en ese vasto silencio amurallado de gritos de guerra, del que lo separaban los ilusorios fantasmas de la captación sensorial. Su lucha permanente, su *Guerra Santa* ⁽¹⁷⁾ contra las apariencias y la multiplicidad, su ambición luciferina por trascender los opuestos y las limitaciones, por “despertar del sueño”, como pedía Gurdjieff, para liberarse del tiempo y *Conocer*, hudiéndose en la corriente de la vida que impregna el cosmos enlazado por las analogías, hizo de Daumal uno de los más lúcidos integrantes de esa vanguardia de hombres, a los que Pauwels, considera con razón, como los únicos verdaderamente “comprometidos” en la aventura del mundo actual.

El hombre debe transformarse. De lo contrario la revolución y el progreso serán la continuidad modificada de un estado de confusión y de caos. Sólo el *despertar* de ciertas cualidades interiores lo capacitará para ordenar su vida en la tierra. Pero esa transformación, que comienza con el conocimiento de sí mismo, no es en el futuro ni depende del tiempo. Lo que pertenece al tiempo no puede experimentar lo intemporal.

Como afirma Krishnamurti, la verdad sólo puede ser ahora, de instante en instante y sólo el hombre desesperado pue-

⁽¹⁷⁾ *La Guerre Sainte*. Texto inédito de RENÉ DAUMAL, publicado en junio de 1946 por la revista *Fontaine*. De acuerdo con la opinión de Pauwels, que no pudo transcribirlo en su libro, debido a la prohibición de los “grupos” Gurdjieff, dicho texto constituyó el “Levántate y anda” de los intelectuales que frecuentaban la Enseñanza.

de hallarla, pues ese no necesita técnicas para ser revolucionario; sino que por sí mismo es la revolución, está en estado de revolución. La revolución interior, la transformación psicológica, es tan importante como la revolución exterior. He ahí el lejano mensaje de los libros sagrados de Oriente que resuena en Gurdjieff y adquiere de pronto en la voz de Daumal el tono del poeta despierto que, al nombrarlas, confiere a las cosas, la existencia absoluta.

He muerto porque no tengo deseos,
No tengo deseos porque creo poseer,
Creo poseer porque no trato de dar,
Al tratar de dar me doy cuenta que nada poseo,
Al comprobar que nada poseo, trato de darme yo mismo,
Al tratar de darme yo mismo, comprendo que nada soy,
Al ver que nada soy, deseo transformarme,
Al desear transformarse, se vive.

EDUARDO A. AZCUY
Salta, 79 Morón (Buenos Aires)



CHICO (tinta)

Francisco García Carrera